

José Julio Martín Romero, *La guerra en la literatura castellana del siglo xv*, Londres: Department of Iberian and Latin American Studies, Queen Mary and Westfield College, 2015, 121 pp. [Col. Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar, 73].

El título de este libro ilustra una de las principales actividades que se desarrollaron en la sociedad medieval y la capacidad de ésta por trasladar en discursos escritos parte de las acciones que se implicaban en la realización de un conflicto bélico. La guerra, parte constitutiva de la visión de mundo del individuo de aquella época, se configuró en la literatura como una representación de la realidad desde sus varias aristas formativas; actividad, ya no sólo cotidiana sino artística, en la que textos de diversos autores funcionaban como un laboratorio estilístico que intentaban reflejar parte de un ideario colectivo, difundido principalmente dentro del estamento noble. La calidad intelectual con la que cuenta Martín Romero le permite en *La guerra en la literatura castellana del siglo xv* mostrar cómo se configuraron los combates singulares y colectivos, en crónicas y en obras de ficción (materia caballeresca), proponiendo esquemas textuales para su *dispositio* narrativa, además integra un apartado, poco o nada atendido por la crítica, sobre el estilo de batallas en textos poéticos. En este libro, modelo para la utilización de un método de análisis inductivo, se parte de la premisa teórica del concepto de motivo que define a éste como “una unidad narrativa recurrente y estereotipada de contenido” (9) y de fórmula, “unidad recurrente en el ámbito de la expresión, sea de forma exacta, lo que resulta bastante raro, o con variantes” (9); esto para demostrar cómo los elementos reiterativos con que se estructuraba una batalla eran una gama heterogénea de posibilidades con las que contaba un escritor para la construcción literaria de la actividad guerrera, desmitificando así la idea de que todos los combates, singulares y colectivos, se configuran de una misma manera, ya sean textos historiográficos, de ficción o de difícil clasificación al responder a ambos modelos literarios.

En el capítulo inicial (“Introducción: la guerra, realidad y literatura”, 7-12) se ofrece al lector un panorama general sobre la relación entre realidad y ficción de la guerra, elemento sustancial de la mentalidad de los individuos en la Edad Media que se vio potenciada mediante códigos literarios que sustentaban un estamento social tan importante como era la caballería. Martín Romero advierte que en este estudio se determinará cuáles son los momentos compositivos de una batalla haciendo énfasis en una información altamente significativa (golpe, la superioridad de alguno de los contrincantes, etc.)

durante el desarrollo de la acción bélica. Además, se señala cómo este libro parte y complementa análisis anteriores, realizados por Martín de Riquer, José Manuel Lucía Megías y Juan Manuel Cacho Bleuca, principalmente, quienes tomaron al motivo y a la fórmula de la descripción de las batallas como estrategias discursivas, las cuales permitieron a un autor crear un estilo literario original y de diversa naturaleza dependiendo siempre del mensaje que deseaban transmitir.

172

En el segundo capítulo (“Consideraciones sobre la composición de textos bélicos en la Edad Media”, 13-16), Martín Romero contextualiza el porqué y el para qué la guerra funcionaba como materia narrativa de un texto literario y cuáles son las distinciones entre una lid singular y un combate colectivo o “guerra guerreada”, ya que la composición de una u otra tiene diferencias sustanciales en cuanto a la manera de relatarse (estilo literario); además resalta dos tipos de batallas con las cuales se toman las armas: las armas necesarias (por causas jurídicas, combates entre ejércitos existiendo una discordia de antemano, etc.) y las armas voluntarias (justas y torneos), las primeras son el objeto de su investigación. En este apartado también se advierte que los lances entre dos caballeros constituyen la unidad primaria de estudio, partiendo del choque entre éstos y de las consecuencias de su encarnizada lucha hasta que uno se imponga como el vencedor del encuentro, esquema analítico aplicable a la batalla protagonizada por más de dos personajes y ejércitos. Esto ayudará a determinar varias de las estrategias compositivas que se siguen para la configuración de la acción bélica singular y colectiva: el protagonismo de uno o varios contendientes, las acciones que siguen después del primer encuentro, ya sean consecutivas o simultáneas (distintos focos de enfrentamiento), la relación de causalidad de los acontecimientos (golpe-efecto), elementos que darán pie al estilo de la narración con una perspectiva del relato particular, una unidad espacio-tiempo marcada por el movimiento entre los guerreros y varias acciones interrelacionadas que demuestran una evolución del lenguaje empleado por el autor para ofrecer una visión integral de la batalla, lo que resulta una trabada cohesión interna del texto.

En el apartado dedicado a la lid singular, tercer capítulo del libro (“El combate singular”, 17-44), se parte del esquema base de este tipo de batalla que se forma por los siguientes motivos: 1) choque con lanzas, 2) combate con espadas y 3) uno de los dos oponentes se impone. Esto le permitirá a Martín Romero incorporar en su estudio otros momentos reiterativos que resultan claves para la composición de la lid singular e ir más allá de lo que la crítica nos había avisado, lo que resalta el estilo rico en matices que un autor medieval otorgaba al combate. En la primera fase, choque con lanzas, aparecen recurrencias

expresivas que originan otros lapsos de la acción y que tendrán consecuencias significativas para el desarrollo de la batalla: el impacto y la velocidad del golpe producido por las lanzas que, incluso, dañan las monturas de los combatientes, el ruido creado por el galope de los caballos, así como las consecuencias destructivas de este primer encuentro. Mientras que en la lucha con espadas se resalta la dureza del combate, las consecuencias de los embates y las heridas resultantes de éste, en donde el impacto visual se genera a partir del énfasis que se otorga al derramamiento de sangre y a las hemorragias producidas durante la lucha, el estruendo de las espadas al momento de encontrarse con el escudo o con la armadura del oponente, la duración y el trabajo que representa enfrentarse a un caballero de igual o mayor destreza bélica, lo que da pie a una lucha equilibrada o a la necesidad de tomar un descanso para continuar con la sangrienta batalla, durante estos momentos puede suceder que un adversario intente conocer la identidad del otro contendiente. De ahí, y gran aporte de Martín Romero al estudio de la guerra, en especial la lid singular, que el diálogo entre los personajes resulte representativo durante el relato, ya que elevará el nivel dramático del combate al mostrarse una psicología de los entes de ficción, pues el narrador desaparecerá para dejar que éstos se adueñen de la acción, haciéndonos partícipes como lectores testigos de cada uno de los sucesos que en ese instante se realizan, además de otorgar también voz a quienes dentro de la ficción presencian la batalla con la intención de resaltar el impacto de la imagen bélica percibida. Por último, uno de los combatientes se impondrá al otro con un golpe mortal o, como ocurre en otros casos, después de una pausa, debido al cansancio producido por la batalla, se continuará con mayor fiereza el encuentro hasta llegar a su resolución final repitiendo algunos de los pasos anteriores.

173

Será gracias a este rastreo de motivos y fórmulas que se proponga un nuevo esquema de la lid singular, en donde los detalles de la acción adquieren el mismo valor que el modelo base de este tipo de encuentro bélico, añadiéndose al combate con espadas: la alternancia de los golpes, el detalle de éstos, apreciaciones sobre el transcurso de la batalla (por parte del narrador o personajes testigo), la magnitud de las heridas sufridas por los guerreros, la duración y el desenvolvimiento del combate y, lo más importante, el diálogo entre los entes de ficción que nos hacen partícipes de la descarnada lucha. Martín Romero nos ofrece una partitura compleja y detallada en donde un autor medieval mostraba su originalidad al momento de plasmar sonidos, impresiones y golpes, además de la admiración y sorpresa puesta en voz de los personajes de una realidad de la batalla singular que era bien conocida por los receptores y en la que se podían identificar fácilmente, aunque muchas de las expresiones provengan de una realidad textual como la materia artúrica.

En cuanto a la “guerra guerreada”, aspecto poco atendido por la crítica y que conforma el capítulo siguiente del libro (“La batalla campal”, 45-88), se parte también de un esquema base inicial que otorga a la acción la cualidad de expandirse al no enfocarse en una sola batalla, como sí ocurre en la lid singular, lo que permitirá ampliar o reducir la situación bélica desde distintos focos secuenciales que conforman un todo unitario. Este modelo, según Martín Romero, del cual parten los escritores medievales, se apega a la tradición clásica de la retórica expuesta por Cicerón, principalmente, quien promulgaba la importancia de la formación del ejército, la arenga (discurso pronunciado por un caudillo o un general para enardecer los ánimos de los integrantes de una tropa militar), la estrategia o táctica de posicionamiento de un ejército dentro del campo de batalla y los auspicios o interpretación de señales tanto prósperas como adversas antes de comenzar una empresa militar. También en este apartado se indaga sobre las recurrencias expresivas y de unidades mínimas de significación que aparecen en este tipo de encuentro bélico para construir el esquema anterior, con lo que señala la importancia que se le otorgaba a la construcción del inicio de éste, pues la reunión del ejército era realizada por un capitán que mediante una señal juntaba a los hombres necesarios para partir a la guerra, llevando en sus hombros la mayor parte de las acciones que ocurrirían en el campo de batalla. Pero, para esto, se debían cumplir una serie de pasos: oír misa antes de partir al encuentro con sus contrarios, lo que indicaba la estrecha relación que existía entre la obligación temporal con el deber religioso, siendo la guerra una virtud del caballero, el reparto de haces, lo que demuestra la capacidad estratégica por parte del capitán o caudillo por atacar al ejército contrario, la importancia de la arenga militar, ya que elevar el espíritu guerrero de los combatientes podría significar una posible victoria; todo esto como una justificación y fundamentación de esta actividad como medio de subsistencia de un sistema de creencias determinado. Después de esta fase, los autores de textos bélicos continuarían la construcción y la unión de una serie de unidades mínimas de acción, si bien, como señala Martín Romero, se repiten algunas fórmulas y motivos de la lid singular (la magnitud del golpe, alusión a la sangre de los combatientes, la duración y dureza del combate, entre otros) será en la imagen que se intenta dar del caudillo en donde se configure un novedoso y particular tratamiento al combate colectivo, pues funcionará como pieza de anclaje entre las acciones que pasan a su alrededor y el desarrollo que éste tiene durante la batalla. Para ello se recurre a fases de un conjunto en donde se hace énfasis en las expresiones que destacan el valor y la habilidad en armas del capitán o caudillo, en el resultado de sus ataques en contra de sus enemigos, quien a pesar de sufrir heridas mortales insiste

en dar ejemplo dentro del campo de batalla, dando muestras de su valentía, así como la bravura que inspiraría a los demás a actuar como él. Para demostrar esta parte, que complementa el esquema base y que propone uno nuevo, Martín Romero recurre a un par de ejemplos: Héctor de *La crónica troyana en romance* y Amadís del *Amadís de Gaula*, inmediatamente después de que el narrador realiza un comentario sobre el aspecto general de la batalla y de todos los contendientes decide enfocarse en lo realizado por estos dos caballeros, con lo que el enfoque global pasa a una particularización de un guerrero que representa valores de uno colectivo. La batalla campal o “guerra guerreada” tiene su propia estructura, si bien parte de algunos motivos y fórmulas de la lid singular, será en su realización integrada por acciones simultáneas y consecutivas, que en la mayoría del desarrollo del combate se enfocará la perspectiva en un guerrero determinado, quien representará los valores heroicos que se desean transmitir al receptor.

175

En el capítulo dedicado a la guerra en obras en verso (“La guerra en los textos poéticos”, 89-94) Martín Romero señala que en lugar de describir el combate los autores recurren a pasajes que aluden la acción de combate; razón por la que los motivos, si bien se encuentran, no se desarrollan en comparación con la narrativa bélica, además en este tipo de textos las fórmulas son poco frecuentes debido a la economía del lenguaje propia del discurso poético, siendo lo más destacado la utilización de una estrategia como la alusión, ya sea de personajes o de situaciones que el escritor consideraba impactantes ante los oídos del receptor, por ejemplo, consecuencias de los golpes, a veces fatales, o la mirada de testigos que presencian la lucha.

En las “Conclusiones” (95-104) se puntualiza cómo los manuales y textos teóricos sobre la guerra, si bien pudieron influir en la configuración de las batallas literarias, solo sirvieron para proveer de material realista a la ficción debido a las estrategias que en estos discursos se transmitían: el ordenamiento de los ejércitos, la manera en que debían moverse en batalla, la actuación que en el campo de lucha debía realizar el capitán o caudillo, pero siempre, en obras narrativas o poéticas, conducidas mediante la hipérbole. También se insiste en cómo los textos bélicos vinculan necesariamente la caballería con la nobleza, pues representaban este estamento mediante modelos literarios no muy lejanos con lo expresado en la realidad. Gracias a este estudio, Martín Romero demuestra que la lid singular mantiene una relación de los motivos y fórmulas que aparecen en los textos bélicos castellanos del siglo xv con los que se encuentran en la épica gala, la cual influyó en la castellana, acentuando sus procedimientos narrativos con la materia artúrica (moldeada magistralmente por Chrétien, además de la vulgata y la postvulgata), sobre todo

pensando en la carga de choque entre los caballeros al momento de iniciar su combate que se presentaba en el *roman* francés. Mientras que la batalla campal o “guerra guerreada” toma más elementos realistas, pero que se configuran por medio de la imaginación medieval en obras narrativas tomando como base la tradición literaria clásica y retórica, principalmente de Cicerón; todos estos aspectos reiteran cómo el proceso de escritura en la Edad Media buscaba crear una tensión entre diversas tradiciones literarias previas, presentándose una intertextualidad que nos permite comprender la percepción que se tenía de la guerra y de los materiales con las cuales contaba un autor para hacer de su recreación un combate original y llamativo.

176

La guerra en la literatura castellana del siglo xv es un libro en el que Martín Romero ha demostrado que el motivo y la fórmula tienen un nivel significativo trascendental en la composición de textos bélicos, ya que dan fe de la capacidad de los escritores por intentar reflejar en la ficción parte de su realidad; si bien recurrieron a una base común de elementos reiterativos no significa que las imágenes ofrecidas de un combate a los receptores se volvieran tediosas y repetitivas; al contrario, esto demostraba la variedad y la manejabilidad con la que el material era manipulado (una *dispositio textus*) en aras de mostrar una acción lo más fidedigna posible al mundo conocido por los lectores y oyentes, pero a la vez otorgando a sus narraciones ese halo de imaginación de un mundo que se prestaba para la hipérbole.

JUAN PABLO MAURICIO GARCÍA ÁLVAREZ
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas